



José de Espronceda

Blanca de Borbón

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

José de Espronceda

Blanca de Borbón

PERSONAJES:

DON PEDRO EL CRUEL.

ENRIQUE DE TRASTAMARA, su hermano Bastardo.

GARCÍA DE PADILLA. Consejero del rey.

CASTRO. Caballero.

DON HERNANDO. Viejo.

PRIMER CABALLERO que habla.

SEGUNDO CABALLERO.

TERCER CABALLERO.

DON TELLO. Alcaide de la prisión de Blanca.

ABENFARAX, asesino. Su carácter marcado: la estupidez y la ferocidad.

BLANCA, esposa de don Pedro el Cruel.

LA PADILLA, su manceba.

LA MAGA, madre del asesino.

LEONOR, hija del alcaide.

Acto primero

ESCENA I

El teatro representa un cuarto de la prisión de Blanca, con dos rejas de hierro en el fondo y dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda de los espectadores.

BLANCA y DON TELLO. Varios SOLDADOS requisan las rejas y se oye a lo lejos música y el siguiente coro:

Honor al valiente,

Loor a las bellas,

Volad, caballeros,

La lid os espera.

Los fieros encuentros

Las damas recelan,

Y allá entre sí mismas

El triunfo os desean.

Honor al valiente.

Loor a las bellas.

(Siguen vivas y ruidos del pueblo que van poco a poco alejándose.)

DON TELLO Las voces suenan en la alegre fiesta

Del nuevo infante, que la gloria aviva

Y el contento del rey, cual nueva joya

La desdichada está! (A BLANCA.) ¡Triste señora,
Ni un momento de paz!

BLANCA Dulce hija mía,
¿Eres tú mi Leonor, tú, mí consuelo
En mi amargo pesar? Sola tú alivias
De mi suerte el rigor. ¿Lloras? Tu llanto,
Dulce Leonor, mi corazón reanima.
Yo perdono a tu padre: no es culpable
El que obedece, no.

LEONOR Mas, ¿qué os agita?
Nunca cual hoy os vi tan angustiada,
Nunca en tan cruda y mísera agonía.
La crueldad de mi padre, la insolencia,
Ese cuidado eterno que le excita
A cerrar, a observar, que le arrebató
El sueño y la quietud, tan abatida
No os pusieron jamás: noble firmeza,
Noble resignación os sostenía.

BLANCA Secas las fuentes ya de la amargura
Y colmado el rigor de mi desdicha,
Yo, querida Leonor, necia pensaba
Que el vaso amargo de la suerte impía
Había agotado ya: que tantas penas,
Tanta crueldad, a fuerza de sufrirlas,
Eran ya para mí leves pesares,
Que ni arrancarme lágrimas podrían.
Mas hoy renuevan su fatal martirio,
Hoy renacen en mí, mi pecho agitan
Con la misma violencia, el mismo imperio
Con que me atormentaron aquel día,
Cuando lejos del rey, ya para siempre,
Hallé mi dicha y mi quietud perdida.
¿Iba con ella, di, Leonor, le has visto?

LEONOR Sí, yo he visto hoy al rey; su frente altiva,
Coronada de plumas ondeantes,
Al leve soplo de la blanda brisa
Sobre otros mil guerreros se elevaba
En medio del palenque, allí blandía
El asta formidable, y a los rayos
Del sol naciente deslumbrando, ardían
Sus relucientes armas. Los relinchos
De cien caballos, los ardientes vivas,
El rumor del concurso, enajenaron
Mis ojos un momento. Entristecida
Yo los volví después a vuestra cárcel,
Y en medio de la pública alegría
Se cubrieron de lágrimas. ¡Dios mío!

Bizarro estaba el rey, pero a su vista,
no sé por qué me estremecí; sus ojos
Yo no sé qué terror, qué espanto inspiran,
Que tiemblo siempre al verlos.

BLANCA ¿Y ella, dime?

LEONOR Ella también allí, la de Padilla,
Orgullosa, arrogante se mostraba
Coronada de perlas; elegida
Reina de la hermosura y los amores
Por vuestro esposo infiel, ella ceñía
La sien del rey con orlas de laureles,
Recibiendo gozosa sus caricias.

BLANCA Calla, calla por Dios; dulce me fuera,
Más que vivir así, la muerte misma;
Leonor, dime: ¿después?...

LEONOR Yo suspirando
Volví luego a llorar vuestra desdicha,
Sin querer ya ver más.

BLANCA ¿Y qué? ¿Ninguno
Ya se acuerda de mí? ¿No se lastima
Ninguno de mi suerte? ¡Desgraciada!
El que adoraste más, ese te olvida.

LEONOR No todos, no, que acaso el descontento
También en medio a los placeres brilla
Y algunos hay que, con atentos ojos,
Las rejas de esta fortaleza miran,
Y os nombran suspirando. Oculto un joven
En derredor de este castillo gira
En la noche callada: yo, mil veces,
Extático le he hallado, con la vista
Fija en estas murallas, contemplando
Siempre este sitio en ansia pensativa.
Él me ha hablado tal vez; mi mano entonces
Por vos al preguntarme retenía,
Y alguna ardiente lágrima brillaba
Acaso de sus ojos desprendida.

BLANCA ¡Inútil compasión! Tal vez la muerte,
Si le observan aquí, sus pasos siga.
No, mi amada Leonor; si a verle vuelves,
Dile que huya.

LEONOR El infeliz decía
Que si estimaba yo vuestra ventura
Le diese entrada en vuestra cárcel misma
Un momento no mas, y yo he ofrecido
Hacerle entrar hoy mismo.

BLANCA ¿Tú, hija mía,
Te has de exponer también, tú has de arriesgarte?

Cuando mas en sus garras te imagina.
Prófugo, en mi destierro yo he llevado
Siempre tu imagen en mi mente fija,
Y entregada al dolor, en triste cárcel,
Contino ante mis ojos te veía;
Por ti, gozoso en el mayor peligro
Me lanzaba con ávida codicia,
Por ti, contra mi rey, contra mi hermano,
Fiero empuñé la espada vengativa,
junté guerreros, me arrojé al combate,
Luché con él en desigual porfía:
La suerte en las batallas caprichosa,
Mostróse a mis valientes enemiga.
Entonces, ¡ah!, mis odios, mi venganza,
Mi rabia, cual jamás sentí encendida
Roer mi corazón, no me es bastante.
El nombre de traidor que me designan
Es para mí un blasón. ¡Ah! Si es forzoso
Para salvarte arrebatat su vida,
Quiero añadir al nombre de rebelde
El título también de fratricida.

BLANCA ¡Cielos, Enrique! ¿Adónde despeñado
La cólera te arrastra? Tú deliras:
Huye, Enrique, por Dios. ¡Ah! No conoces
Cuánto se arriesga hasta mi vida misma
Si el rey descubre tu imprudente arrojó.
¿Quién sabe si ahora mismo cien espías
Te han conocido ya, siguen tus pasos,
Te cercan, oyen, si pendiente brilla
Sobre tu propio corazón la daga
Que a asesinar a entrambos se destina?

ENRIQUE Primero yo la enclavaré en el suyo.
Oyeme, Blanca: mi dolor respira
Sólo venganza; la ternura, el fuego
En que otro tiempo el corazón me ardía,
Esta insaciable sed los ha trocado
Ya en desesperación. ¡Ah! ¿Tú creías
que era sólo por ti? ¿Tal vez pensabas
Que esta pasión que el alma me domina
Me la inspirabas tú, tú únicamente?
No, Blanca, no, que por venganza gritan
Madre y hermanos por mi hermano muertos,
Y el seno dejan de la tumba fría,
Sombras inexorables: mis furores
No has encendido tú; la saña mía,
Horror tan negro, tan funesta llama...
Es imposible, no, tú no la inspiras.

BLANCA Basta, Enrique, no mas: yo le idolatro:
Yo a mi pesar le adoro, aunque me oprima
Y me desprecie y me abandone.

ENRIQUE ¿Acaso

Yo te hablaba del rey? ¡Oh, Dios! ¡Qué ira!
Un astro mismo, sí, cuando nacimos,
Blanca, tú y yo, sin duda presidía.
Feroz el rey te oprime, te abandona;
A una ramera vil te sacrifica...
Y tú le adoras, y su nombre odioso
Está y su imagen en tu pecho escrita...
Y yo, entre tanto, que doquier me vuelvo
En torno al mundo la anhelante vista
Un solo punto en todo el universo
Encuentro para mí: yo, que mi vida
Cifrara en poseerlo; yo, arrojado
Lejos de allí y opreso de codicia,
Como un segundo Tántalo, a mis labios
Llegó apenas el agua apetejada.

BLANCA Sí, Enrique, sí, es verdad; los dos nacimos
Para ser infelices: destruida

Nuestra esperanza está; nunca yo he visto,
Desde a tu hermano amé, lucirme un día
De ventura y quietud. La blanda calma,
Los dulces juegos, la inocente risa,
Placer de los amantes venturosos,
No halagarán jamás el alma mía.
¡Desdichada de mí! Si acaso busco,
Durante el curso de mi corta vida,
Momentos de placer, sólo me quedan
Tristes memorias de los breves días
de mi infancia feliz, tristes memorias
Que, acaso más, mi pecho martirizan.
Y tú también sin esperanza, Enrique,
Por un mísero amor, cual yo, suspiras.

ENRIQUE ¿Y tú lloras por mí? Blanca, tu llanto

Es regalado bálsamo que alivia
Mi amargo padecer: jamás mi pecho,
Jamás sintió tan plácida alegría.
Yo no soy infeliz; yo soy dichoso;
La más dulce esperanza me reanima,
Yo puedo liberarte, hacer que vuelvas
Al seno de tu patria, a las delicias
De tu primera edad: tu alma inocente
Allí tal vez reposará tranquila.
Los años vuelan y el pesar con ellos;
Allí se trocará en melancolía,

GARCÍA Decid: ¿Si Enrique...?

BLANCA (Aparte.)

¡Enrique, oh Dios!

GARCÍA Estáis muy agitada,

Blanca, calmaos. Al escuchar su nombre,

¿Por que tu corazón se sobresalta?

¿Sabríais acaso de él?

BLANCA (Aparte.)

¡Cielos! ¿Podrían
Ya saber su intención?

GARCÍA (Con sarcasmos.)

¡Ah! Sus desgracias

Os conmueven tal vez; tranquilizaos;

¿Qué? ¿No sois inocente? ¿No son falsas

Calumnias vuestros crímenes? ¿Y ahora

Por qué no respondéis? ¿Acaso os ata

La inocencia la lengua?

BLANCA (Con dignidad.)

¿Y cómo puedo

Responder a denuestos y palabras

De escarnio y de baldón?

GARCÍA ¿Y es eso sólo

Lo que tanto te turba, desdichada?

BLANCA Me turba tu insolencia.

GARCÍA ¿Mi insolencia?

BLANCA De un pérfido cual tú la indigna audacia.

GARCÍA (Con serenidad.)

Pérfido es el traidor, el vil rebelde

Que contra el rey y su señor se alza,

El que olvidando su deber, perjuro,

Mueve guerra civil contra su patria;

El que eleva pendón en vuestro nombre.

Y a un vil bastardo por su rey proclama.

Pérfida es la infame que promueve

Esa vil rebelión, la que en su alma,

Bajo el vellón de tímido cordero,

Del tigre encubre la traidora garra.

¿Dónde está ese candor, esa inocencia

De que tanto os jactáis? ¿Veis esta carta?

Ella os alegrará: vuestros amigos

Con ella animarán vuestra esperanza.

Lástima es que el noble don Enrique

No esté reunido ya con los que aguardan

Proclamarle por rey, los que anhelantes,

Por sólo daros libertad se arman;

Los insensatos que el infierno mismo

A eterna muerte y perdición arrastra.

Vedla y negad después.

BLANCA ¡Fatal desdicha!

¡Desventurado Enrique! Mi desgracia
Se extiende a ti también.

GARCÍA Todo os confunde.

¿No os hallabais acaso preparada
A golpe tan fatal?

BLANCA (¡Ah! ¡Ya respiro!)

No es para mí esta carta.

GARCÍA No; esta carta

Es Para Enrique. Mas, decid: ¿Acaso
No habla siempre de vos? ¿Su confianza
No está cifrada en la extranjera hueste
Que por su influjo de la Francia aguarda?
¿Qué? ¿No le ofrecen la corona a Enrique?
¿No le ofrecen tu mano, si te salva?

¡Infeliz! ¡Infeliz! Tú, sí, tú misma,
A par del suyo, tu sepulcro labras.
¡Mísero Enrique! Acaso se imagina
Que el rey ignora su traidora trama,
Y mientras oculto aquí necio se piensa,
Ya tu mansión, su intento, sus palabras...

Todo patente está. Sus enemigos

Han penetrado ya dentro su alma.

¿Os turbáis otra vez?

BLANCA (Aparte.)

¡Oh, Dios! ¡Si fuese

Fingido este papel!... ¡Ah! Si intentara
Sorprenderme y saber... Decid, García:
¿Cómo, por quién se os entregó esta carta?

GARCÍA ¿Dudáis de su verdad? Yo os aseguro

Vuestra duda calmar. ¿Veis esta banda?

BLANCA ¡Teñida en sangre! ¡Oh, Dios!

GARCÍA (Con calma.)

Prenda de Enrique,

Aguilar el rebelde la enviaba,
y el triste mensajero la traía
Para entregar y acreditar su carta.

BLANCA ¿Y él mismo os la entregó?

GARCÍA (Sin alterarse.)

Sin duda, él mismo

Nos la entregó, cuando entregó su alma
Al infierno también.

BLANCA ¡Qué horror! ¡Acaso

La misma mano ensangrentada amaga

Ya el corazón de Enrique!

GARCÍA (Una pausa.)

ESCENA I

LA PADILLA, GARCÍA

GARCÍA Sí, no lo dudes; pronunció tu nombre

Con orgullo y desdén. «En vano intenta

Mi enemiga humillarme -dijo altiva-;

Ella es súbdita, al fin, yo soy su reina.»

LA PADILLA ¡Mi reina! ¡Sí, mí reina! Su arrogancia

Es la del necio que apagar quisiera

El resplandor del sol de un leve soplo.

¿Y aún osa en su prisión llamarse reina?

GARCÍA ¿Y acaso no lo es? ¿Qué? ¿Te imaginas,

Tal vez que lo eres tú? ¡Mísera, tiembla!

Tiembla que el rey se reconozca un día,

Y a ti te olvide por amarla a ella!

Blanca es su esposa al fin.

LA PADILLA

¡Ah, sí! ¡Su esposa!

¡Y yo...! ¡Yo, sólo soy...!

GARCÍA

Tú, su manceba.

LA PADILLA ¡Calla, lengua infernal!

GARCÍA

¿Tanto te irrita

Escuchar la verdad? ¿Acaso piensas

Que, allá en tu pecho, tus amigos mismos

De otro modo que yo te consideran?

¿Que te dan otro nombre? No, te engañas;

Si ellos te adulan hoy, si se prosternan

Ante tus pies, cual cortesanos viles,

No menos te abominan y desprecian.

Amarga es la verdad; mas yo, tu hermano,

Yo, que te puedo en la difícil senda

De la corte guiar, yo no te amara

Si revistiese de oropel mi lengua.

Si cuando al lado del monarca mismo

Brillabas sola en la pomposa fiesta,

Dama del rey te titulaba el pueblo;

Y para más ajar nuestra soberbia,

Por nombre vil te llaman La Padilla,

Mientras a Blanca la titulan reina.

LA PADILLA Y bien, ¿qué importa? A su despecho mismo

El polvo de mis pies humildes besan.

GARCÍA ¡Guarda, no sea bajo el suyo un día

Te sepulten tal vez!

LA PADILLA

Míseros tiemblan

A mi vista no más; ¿y osar podrían?...

GARCÍA Todo osarán, si a despertarse llegan

Del letargo en que están, y Blanca entonces,

Libre, aclamada por Castilla entera...

LA PADILLA ¡Oh, Blanca! ¡Blanca! ¡Aborrecido nombre!

Siempre en mi oído con espanto suena.

GARCÍA Con más espanto sonará algún día,

Cuando humillada ante sus pies te veas

Y al pronunciar su labio tu castigo,

Llorosa imploras su fatal clemencia.

LA PADILLA ¿Yo implorar su clemencia? ¿Yo postrada

Al pie de mi rival? ¿Yo, su insolencia,

Su escarnio he de sufrir? ¡Mil veces antes

Padezca yo las incesantes penas

Del mismo infierno, al filo del cuchillo

Entregando yo misma mi cabeza!

GARCÍA Enrique oculto aquí...

LA PADILLA ¿Qué escucho? ¿Enrique?

GARCÍA Sin duda, él mismo. ¿Pero qué? ¿Te aterrás

Sólo de que esté aquí? ¿Qué? ¿Te sorprende?

LA PADILLA ¿Cómo? ¿Y adónde está?

GARCÍA ¿Tanto te inquieta

Saber adónde está? ¿Tú no burlabas

Hace un momento de él? ¿Por qué ahora tiembles?

¿Temes a un miserable?

LA PADILLA ¿Yo temerle?

Nunca temió el león en su caverna

Al cordero infeliz, que osó atrevido

Penetrar en su umbral.

GARCÍA No; mas si fuera

Enrique ahora el cazador astuto,

Que vigilante sin cesar le acecha...

Si él intentara sorprenderte...

LA PADILLA Entonces

Su propia sangre pagará su ofensa.

GARCÍA Antes que llegues a saber tu riesgo,

Abatirá su mano tu soberbia.

¡Insensata mujer! Piensa que Enrique

Adora a Blanca, que elevarla intenta

Al trono de tu amante, que te odia,

Que ya Castilla en su favor se apresta,

Que él ansía sólo libertar a Blanca

Para ofrecerte en holocausto a ella;

Y es necesario...

LA PADILLA (Con ansiedad.)

¿Qué?

GARCÍA Sacrificarlos

A nuestro bien, nuestra quietud: que mueran.

LA PADILLA ¿Pedro consentirá?

GARCÍA ¿Pedro? Su muerte

Es lo que más su corazón desea.

Pedro aborrece a Enrique.

LA PADILLA ¿Y sus amigos?

GARCÍA Uno, no más, mi previsión recela:

Castro impaciente, belicoso joven
Ansioso ahora de vengar su afrenta
Y la oprobiosa muerte de su hermana
Que el monarca engañó. Castro no piensa
Sino en vengarse, o perecer. Su arrojo,
Su orgulloso valor, su independencia
Fueran temibles, si imprudente él mismo
No ya el camino de su muerte abriera
Con su loco furor.

LA PADILLA ¿Y tanta sangre...?

GARCÍA ¿Aún no estás acostumbrada a verla

Continuo derramar? Bastantes veces
Pedro, tu mismo amante, en tu presencia
La hizo correr; elige ahora:
Verter la tuya, o derramar la ajena;
Vivir humilde y despreciable a todos,
O ser de todos absoluta reina.

LA PADILLA Determinada estoy. El rey, García.

ESCENA II

Dichos, EL REY, HERNANDO y acompañamiento

EL REY ¿Por qué, María, en tu semblante muestras

Señas de turbación? Tú, que gozosa
Hoy fuiste gala de la alegre fiesta,
Hora con triste faz... Habla, responde.

LA PADILLA La traición contra ti su dardo asesta.

EL REY (Sonriéndose con desdén.)

¿La traición contra mí? Tu fantasía
Engaña tu razón; los que se atreven
En mí a fijar sus ojos enemigos,
Fíjenlos sin temor; di: que perezcan.

HERNANDO No os sorprendáis, señor, de sus temores;

Un dulce miedo la hermosura aumenta.

LA PADILLA Oye, Pedro: no frívolos celos

De un miedo mujeril mi pecho encierra.

Cercado está tu trono de peligros,

Y oculto acero la traición apresta.

EL REY Él volverá contra el cobarde pecho

Del que ose alzarlo, cuando brille apenas.

GARCÍA Pensad, señor, que con atento oído

El consejo que dicta la prudencia

Debe escuchar un rey.

EL REY (Con altivez.)

Un rey tan sólo

Debe escuchar su voluntad suprema.

GARCÍA Vuestro interés, el bien de vuestro reino,

A hablar sin miedo la verdad me fuerzan;
Me son más caros que mi vida misma.
Si os causa enojo lo que sólo prueba
Fidelidad y amor, si os hiere tanto
La audacia de un vasallo y su firmeza
Al hablar la verdad, alzad el brazo
Y al punto yo vuestro castigo sienta:
Mas antes pido que me oigáis.

EL REY García,

Esas palabras arrogantes templa;
¡Piensa que hablas al rey...!

GARCÍA Nunca mi labio

Disfrazar supo la verdad austera.

EL REY (Arrojándose a él.)

¡Traidor! ¿Y osas a mí...?

LA PADILLA Señor, teneos.

Perdonadle, señor, ¡ah!, si me amas,
Si de una amante tímida las quejas
Pueden mover tu corazón altivo,
Ya que tu propio bien no te conmueva,
Óyete por mi amor: cuando le escuches
Premiarás su lealtad.

EL REY Basta; sosiega,

Hermosa, tu inquietud.

GARCÍA Rey de Castilla,

Vuelve la vista al riesgo que te cerca,
Contra el que todo tu poder sería
Ahora nada sin mí: vuélvela y piensa
Si habrás de oír al que a tus propios ojos
Su celo y tu peligro te presenta.

EL REY Di lo que has de decir; cansan, García,

Frívolas y atrevidas advertencias.

GARCÍA Es un misterio; retirad la corte.

EL REY Dejadnos solos; alejaos.

(Vanse los cortesanos.)

LA PADILLA Mis penas

Compadece, señor; por ti yo vivo,
Guarda por mí la vida que desprecias.

EL REY Yo sabré defenderte. ¡Miserable

De aquel que insano contra ti se atreva!

(Vase LA PADILLA.)

ESCENA III

EL REY, GARCÍA

(EL REY, como indiferente al principio.)

GARCÍA Rey de Castilla, la verdad escucha.

Mientras que en medio de pomposas fiestas,
Augusto rey, en tu opulenta corte,

Al dulce sueño del placer te entregas,
Maquina la traición, y acaso el rayo
Está pronto a estallar; Castilla entera
Levanta ya su bélico estandarte
En favor de un rebelde, las revueltas
Tornan a renacer, y aun aquí mismo
Blanca en su cárcel con amigos cuenta,
Mientras que Enrique...

EL REY (Interrumpiéndole muy furioso.)
¡Enrique!

GARCÍA Enrique ahora

Trama aquí mismo levantar la guerra.

EL REY ¿Dónde se oculta, di? ¡Pronto! Responde.

Morirá al fin, pues en morir se empeña.

GARCÍA Aquí le ha descubierto un moro esclavo

Que sus intentos de continuo observa,
Y hoy sorprendió a un rebelde mensajero

Del traidor Aguilar; en lid sangrienta

Con él luchando, le arrancó esta carta.

EL REY (Tomando la carta sin leerla.)

Hazle venir a mi presencia: es fuerza

Que yo mismo le hable, es necesario

Ya que Enrique me busca, que me vea.

GARCÍA ¿Y qué, señor, pensáis...?

EL REY Tráeme ese esclavo;

No me fatigues más.

(Vase GARCÍA.)

ESCENA IV

EL REY, solo (Muy agitado.)

¿Y qué? ¿Mi ofensa

No he de vengar yo mismo? ¡Miserable!

Un vil bastardo arrebatarme intenta

Mi trono y mi poder. ¡Ah! Yo le juro:

Yo anegaré en su sangre su soberbia.

¡Mi hermano...! Sí; mi hermano... Cuando ahora

Dentro en su corazón mi espada sienta,

Cuando yo mismo sus entrañas rasgue,

Cuando expirar en su dolor le vea...

Entonces yo le nombraré mi hermano.

¿Y Blanca? Blanca... el insensato piensa

Libertarla. ¡Infeliz! Entre tus brazos

Yo te la arrojaré, sí; pero muerta.

ESCENA V

EL REY, GARCÍA y ABENFARAX, vestido de un marsellés, una faja, un puñal, calzones anchos, la pierna desnuda y babuchas moriscas. Rudo y bárbaro en su apostura.

GARCÍA He aquí, señor, el que vigila a Enrique.

EL REY ¿Tu nombre?

LEONOR Perdonad, señora;
Es para el rey; dejadme, yo he ofrecido
Entregársela a él mismo.

LA PADILLA ¿Y tu osadía
Se niega a obedecerme?

LEONOR Mi designio
Es entregarla al rey. ¡Ah! Perdonadme:
Ved, señor, esta carta. (Se la da al REY.)

LA PADILLA ¡Ultraje indigno!
¡Carta de Blanca! ¡De tu esposa...! ¿Y dejas
Que así se alegre en el tormento mío
Esta aleve mujer?

EL REY (Con ironía.)
¿Blanca te envía?
¿Pide su libertad? ¿Teme el castigo
Que merecen sus crímenes?

GARCÍA Sin duda
Os dará quejas con dolor mentido,
Os dirá ingrato, os hablará de amores
Con dolosas palabras de cariño.
Por consejo de Enrique...

EL REY (Repasando la carta.)
¿Y pide verme?

LEONOR Muestra, señor, el pecho compasivo,
Y oye la voz de tu inocente esposa.
Yo os ofendo, tal vez; mas si vos mismo
Llorar la vieseis en su triste cárcel,
Pálida y abatida, sin alivio
En su acerbo dolor, era forzoso
Tener el corazón empedernido
Para no sentir lástima. En sus labios
Se escucha vuestro nombre de continuo.

EL REY (Con sarcasmo.)
¿Sólo mi nombre? ¿Y el de Enrique, dime,
No la oíste jamás juntar al mío?

LA PADILLA ¿No te cansas de oírla? ¿No te enoja
A par de su maldad ver su artificio?

LEONOR No os irritéis; la reina es inocente.
No deis, señor, a la calumnia oídos;
La reina es inocente; ella os adora;
Su amor aumenta su fatal martirio
En su negra prisión. Sola, en perpetuo
Abandono y horror, nunca el delito,
Manchó su alma. Su continuo llanto,
Su único pensamiento, sus gemidos,
Son tan sólo por vos. ¡Ah!, pide hablaros,
Vos, su sola esperanza, si ahora impío

Sus quejas desoís...

EL REY (Con sarcasmo.)

¡Yo, su esperanza!

Bien; me verá: la mostraré yo mismo
Su atrevimiento y su maldad.

GARCÍA Si acaso

Útil creyerais el consejo mío,
Temed verla, señor; un alma fuerte
Suele tal vez rendirse a los suspiros
De una débil mujer.

LA PADILLA (Aparte.)

Y yo, ¿ultrajada,

Habré de verme ante sus ojos mismos?

¡Antes perecerá!

EL REY Leonor, ve y dile

Que ha descubierto el rey un intento inicuo,
Su perversa traición; que ya es inútil
Cubrir so el velo del candor fingido
Su corazón hipócrita; que es tiempo...

LEONOR Piedad, señor, piedad; en su martirio

Vais a darla la muerte.

EL REY Sí, ve y dile

Que me verá mañana.

LEONOR (Aparte.)

¡Ya rendido

A mi súplica está! ¡Mísera reina!

Va a endulzar la esperanza tu destino. (Vase.)

ESCENA VII

Dichos, menos LEONOR

EL REY Sí, me verá y encontrará su amante

Galán y hermoso, cual jamás le ha visto

Yo mismo, yo, le mostraré a sus ojos.

¡Oh! Cuán alegre su cadáver frío

Contemplará, cuando le mire yerto,

Y a mí gozoso y en su sangre tinto.

Sí, me verá.

LA PADILLA Los celos te arrebatan.

¡Tú la adoras infiel! Sí, tu delirio

Es delirio de amor: si tú la odias,

Es porque Blanca adora a tu enemigo,

Por celos, nada más.

EL REY ¿Celos? Yo nunca

La amé, ni aborrecí; su suerte ha sido

Siempre a mi vista indiferente; ahora

Es mi enemiga; justo es el castigo.

GARCÍA Harto es penoso su fatal tormento.

Muera, si es justo; pero no impasivo

Querréis, señor, que la crueldad sentencie,
En vez de la justicia, sus delitos.

EL REY ¿Tú me aconsejas la piedad? ¿Te olvidas
Que hablaste del rigor?

GARCÍA Rigor benigno,
Propio de la justicia.

EL REY ¿Y tú imaginas
Que debo yo marchar por el camino
Que te dignes trazarme?

GARCÍA (Muy turbado.)
Yo... tan sólo...

Intentaba, señor...

EL REY ¡Calla! Ya he visto
Cual era tu intención.

LA PADILLA (Con sentimiento.)
¡Y yo la tuya!

¡Su castigo! ¡Infeliz! ¡Y yo he de verme
De esa tu esposa al insolente arbitrio,
Posternada a tus pies!... Antes la muerte
Terminará el rigor de mi destino,
Que verla yo gozando tus caricias,
Y árbitra, ¡oh Dios!, del corazón que es mío:
Árbitra, sí, del corazón que un día
Mi único orgullo y mi ventura hizo,
Que era mi único bien.

EL REY ¡Cómo! ¿Tú piensas
Que postrada a mis pies, débil suspiro,
Falso como su alma, me enterezca?
Yo sé oponer a frívolos gemidos
Un corazón de bronce.

LA PADILLA Tú imaginas

Que podrás oponerlo; un falso brío
Engaña tu razón: Blanca es hermosa
Y aun más hermosa la verás; el brillo
De su lánguida faz bañada en llanto
Realzará su dolor; tú, compasivo,
La verás a tus pies, oirás sus quejas,
Y, acaso de sus lágrimas sentido,
Olvidarás mi amor; y yo, entre tanto,
Ya de su orgullo mísero ludibrio,
Iré a llorar en su prisión un día
Que osé elevar mi pensamiento altivo
Al amor de un monarca, en que gozosa,
Feliz me contemplé madre de un hijo...
Dulce ilusión de mí esperanza; ahora,
¡Hijo infeliz para llorar nacido
Con su madre también! ¡Ah! Tú creías

Que Blanca, presa y en perpetuo olvido,
Jamás podría dominar un pecho
Que todo entero imaginaste mío.
¿Tú lo piensas aún? Tú no me amas;
Yo he sido sólo efímero capricho
De tu inconstante corazón; ahora,
Al ver tu esposa que ama a tu enemigo,
Los celos se apoderan de tu alma
Viendo a tu odioso hermano preferido.
Sí, no lo dudes; el amor de Enrique
Es a tu vista el único delito
Que ha cometido Blanca.

EL REY Y bien, mañana

Tú brillarás sobre su trono mismo,
Al lado de su esposo: ante sus ojos
Desplegarás la pompa, el atavío
Por que suspira Blanca, y tú, tú propia
Decretarás altiva su castigo,
Y harás tu voluntad; el reino todo
Se postrará obediente a tu albedrío,
Y, ¡ay del que osado a murmurar se atreva
De la beldad ante quien yo me rindo!

GARCÍA Castro, señor, el temerario Castro,
Intrépido se acerca hacia este sitio.

ESCENA VIII

Dichos y CASTRO

CASTRO Un noble ante su rey pide justicia.

EL REY ¡Justicia! ¿Contra quién?

CASTRO Contra ti mismo.

EL REY ¿Y de qué contra mí?

CASTRO ¿Qué? De la afrenta

Con que tú propio has empañado el limpio
Lustre de mi familia, de la mancha
Con que has borrado el esplendente brillo
Del ínclito blasón de mis abuelos,
Que en vano con mi sangre yo he querido
Intacto conservar; del torpe engaño
Con que víctima fue de tu capricho
La honra de mi hermana. Sí, justicia,
justicia ahora contra ti yo exijo.

EL REY ¡Silencio! Castro, tu furor perdono;
Necio, no intentes encender el mío.

¡Yo soy tu rey!

CASTRO ¡Mi rey! Yo soy un noble,

¡Yo soy igual a ti! Sí, tan antiguo
Es mi linaje como el tuyo; ahora,
Si tu lascivia lo dejó abatido,

Tuyo es el crimen, la vergüenza mía.

Sólo porque eres rey justicia exijo.

EL REY ¿Y si no fuera rey, habla, qué harías?

CASTRO Ya hubiera hollado tu cadáver frío.

EL REY Piensa que no lo soy; no te deslumbre

El brillo de mi frente; muestra el brío

De que tanto te jactas, ¡miserable!

CASTRO ¿Yo, miserable? Ven. ¿Mi regocijo

Tú no conoces ya?

EL REY Yo te prometo

Humillar tu altivez.

GARCÍA Señor, no es digno

De que vos mismo vuestra regia espada

En su sangre empañéis.

CASTRO (A GARCÍA.)

¡Cobarde inicuo!

Tú sí mereces derramar la tuya

En un cadalso vil.

GARCÍA (Aparte.)

(Yo necesito

Que tú vivas aún, necio; no es este

El precipicio a donde yo te guío.)

EL REY ¡Cómo! ¿Y aún osas insultar a todos?

Tú, delante del rey, osas altivo

Su cólera irritar? ¡Mal caballero!

CASTRO Yo, delante del rey, justicia exijo;

Tú, por tu voluntad dejas de serlo

Y yo, ya igual a ti, tan sólo pido

Que decidan las armas.

EL REY Bien, las armas

Decidirán. Si un hombre en mis dominios

Más valiente que yo se figurara...

¡Vive Dios...!

LA PADILLA ¿Y por qué ciego, al capricho

Has de arrojarte de la suerte? Piensa

Que eres rey de Castilla, que el destino

De un pueblo entero de tu vida pende;

Que eres mi único bien, padre de mi hijo

Que quedará en la tierra sin amparo,

Si tú faltas, señor.

CASTRO (Colérico.)

Hijo maldito,

Que en pecado y deshonor concebiste,

Ramera despreciable; si tu brío

Contiene una mujer; rey de Castilla,

No hagas alarde de él: vuelve en ti mismo,

Y abandónala ya: la espada empuña,

Al campo corre a batallar conmigo;
Allí te vengarás, o mi venganza
Satisfecha será con tu suplicio.

EL REY (Arrojándose a él.)

¡El tuyo aquí satisfará la mía!
(LA PADILLA Y GARCÍA le contienen.)

¿Y vos me contenéis, y así ese inicuo
Se ha de burlar de mí?

GARCÍA Señor, dejadle.

LA PADILLA Despreciadle, señor; venid conmigo,

No más tiempo escuchéis sus demasías.

EL REY (Retirándose entre GARCÍA Y LA PADILLA como a despecho suyo.)

¡He de arrancarte el corazón yo mismo!

ESCENA IX

CASTRO, solo Anda, cobarde, más para verdugo

Que para el cetro y el poder nacido.

¡Tiembra! Mil brazos se armarán; mi furia

Encenderá la guerra en tus dominios,

Guerra cruel, interminable, eterna,

Guerra de maldición: en sangre tinto

Tú me verás ante tu propio trono

Arrojarme a matarte. Sí, el cariño

Goza de tu manceba; mi venganza

Será cruel cual tu delito ha sido.

¡Yo he de hacer ver al asombrado mundo

Otro nuevo Julián y otro Rodrigo!

ESCENA X

HERNANDO, CABALLEROS y dichos.

HERNANDO Huye, Castro, de aquí. Pedro me envía,

En ira y saña contra ti encendido,

Para prenderte.

CASTRO ¿Y qué? ¿Piensas, Hernando,

Sus órdenes seguir?

HERNANDO ¿Y tú, hijo mío,

Lo preguntas? Jamás: Huye, no sea

Que cumpla su mandato un enemigo

Nuestro.

CASTRO Yo huiré, para volver más tarde

A clavarle un puñal.

PRIMER CABALLERO En estos sitios

Ha llegado ya Enrique; está dispuesto

Todo para romper.

HERNANDO ¿Y aquí tranquilos

A conspirar os atrevéis?

PRIMER CABALLERO La reina

Mañana mismo dejará el castillo,

Y libre al fin, se asentará en el trono,

Que con Enrique cobrará el perdido
Castellano esplendor.

CASTRO De su venganza

Seré yo ejecutor: si mi destino
Es perecer vengándome, ¡dichoso
Rendiré entonces mi postrer suspiro!
Yo daré el primer golpe, yo el primero
Me arrojaré a la lid, yo mi cuchillo
El primero hincaré.

SEGUNDO CABALLERO Nosotros todos

Secundaremos tu animoso brío.
HERNANDO ¡Qué! ¿No tembláis de conspirar ahora,
Del rey cruel en el palacio mismo?
¿Queréis hacer vuestro valor inútil,
Dando tal vez del alzamiento indicios?
Vamos presto de aquí.

PRIMER CABALLERO Vamos a Enrique,

A libertar a Blanca.

CASTRO El asesino
De mi hermana caerá; yo os lo prometo.
El agravio de Blanca ya es el mío.

Acto tercero

El teatro representa el campo; a la derecha está el castillo, prisión de BLANCA, con rejas de hierro salientes; a la izquierda se eleva una montaña escabrosa, toda coronada de rocas, entre las cuales, a cierta altura, se ve la boca de una caverna. De la cima de esta montaña, así como alrededor y al lado del castillo, siguen dos bosques dejando un claro por donde se descubre el Guadalquivir. El fondo del teatro es la otra orilla del río. Es de noche y sólo alumbra la luz que arde dentro de la caverna.

ESCENA I

LA MAGA y ABENFARAX, aguzando un puñal.

ABENFARAX Mejor después lo aguzaré en su sangre.

(Mostrándole el cuchillo a su madre.)

¿No está bastante ya? Pronto en su pecho
Ha de hacerse la prueba.

LA MAGA No, hijo mío;

Tú no le has de matar; su hermano mismo

Tiene que asesinarle. ¿No concibes

Mi regocijo, cuando Enrique muerto

Por la espada de Pedro yo contemple,

Al un hermano hollar del otro el cuerpo?

ABENFARAX Sí, madre, sí; pero su sangre entonces

Darle el tuyo también; pronto a ofrecerte
Vendré de Enrique o de su hermano el cuerpo,
Y, sin ir a excavar las sepulturas
Para traerte descarnados huesos,
Su vil cadáver palpitante acaso,
Servirá a tus encantos.

LA MAGA Y otro luego

Me servirá también: la del castillo,
La que allí gime en miserable encierro,
También perecerá. Blanca es cristiana,
Y esposa fue del delincuente Pedro.
La Padilla, celosa, la detesta,
Y aguarda sólo mí fatal consejo
Para matarla; sí, Regó ya el día
De hartar de sangre mi sediento pecho.
ABENFARAX Regocíjate, ¡oh, madre! Yo te juro
Traértela también.

LA MAGA Allá entreveo

Por el bosque una sombra; si es Enrique,
Antes que llegue, en la caverna entremos.
ABENFARAX Si me dejaras, madre, asesinarle...

LA MAGA No; su hermano lo hará.

(Entran en la caverna.)

ESCENA II

LA PADILLA, sola (Aparece por la espalda del castillo.)

¡Qué hondo silencio

Reina en la soledad! ¡Qué triste calma!
Tal vez el ruido súbito del viento
Me hace estremecer. ¡Oh cuánto el crimen
Aquí en la soledad remuerde el pecho!
No hay voz de cortesanos que lo halague;
No aquí lo aplaude el engañado pueblo,
Y el grito de la tímida conciencia
Se eleva a resonar en el silencio,
Más tremendo que nunca, y nunca el día
Llega de arrepentirme. Amor funesto,
Precipita mis pasos en el crimen;
Y yo su senda abandonar no puedo,
Y arrastrada por mano del destino
La sigo con vergüenza a mi despecho.
Pero la sigo, al fin. Tal vez mañana
Reciba yo el castigo que merezco.

(Se para delante del castillo.)

Aquí está mi rival; he aquí su cárcel.
¿Quién sabe acaso si rompió sus hierros,
Y, libre al lado de su amante Enrique,
Espera ahora recobrar el cetro

Que mi amor le robó? ¿Quién, si yo misma
Vendré a ocupar el solitario encierro
Donde yo la arrojé? Tal vez... ¡Ah! Blanca
Al fin inspira compasión al pueblo.
Mientras que yo, infeliz, yo únicamente
Puedo esperar su escarnio y su desprecio.
¿Y mi hijo? ¡Gran Dios! ¡Ah! Nunca, nunca
Yo me arrepentiré, no; consultemos
La Maga de estos bosques; sus furores
Yo misma igualaré: cólera y fuego
Brotará el corazón. ¡Oh!, si es forzoso
Perder al fin el esperado reino
Y verme puesta a voluntad de Blanca
Implorando perdón, yo haré un veneno
Que ella habrá de gustar, y ambas entonces
Gozaremos al ver nuestros tormentos
Moribundas las dos: nuestra venganza
Así veremos satisfecha a un tiempo.
(Se acerca a la cueva y dice):
Maga de la caverna, yo te imploro;
Una infeliz demanda tus consejos.

ESCENA III

LA MAGA desde la caverna, responde:

¿Quién interrumpe con su grito ahora
Mi trabajo infernal? Mujer, tu intento
Me es conocido ya; yo sé quién eres;
Vienes, Padilla, a consultar mi espectro.
¡No entres en la caverna!

LA PADILLA

Si mis males

Te ha revelado el poderoso genio
Que te protege, ¡oh Maga!, sé piadosa,
Ten de mí compasión.

(Se oye un ruido dentro de la caverna, seguido de una carcajada horrible.)

LA MAGA (Dentro.)

Inútil ruego.

¡Compasión! ¡Compasión! ¡Ah! Los cristianos
Imploran compasión... ¿Y cuándo ellos
La tuvieron jamás? Mas tú, María,
Eres también querida del infierno,
Querida como yo; tú, sí, mereces
Llegar a ver cumplidos tus deseos.
Ánimo y me verás.

(Sale de repente con una antorcha en la mano, desgañada y como de en medio de las
llamas.)

¡Mujer!, qué, ¿tiemblas?

Acostúmbrate ya. ¿Ves este incendio...?
En él ha de acabarse tu hermosura.

Tus gustos, tu poder. ¡Ese es el fuego
Que en el infierno abrasará tu alma
Toda una eternidad! ¡Qué! ¿Te amedrentas?
Acostúmbrate ya; justo, muy justo,
Es que corone tu trabajo un premio
Digno de tu maldad. ¿Cuándo gozará
Placer el triste, si, después de muerto,
No pudiera reír del poderoso
Y burlar de su angustia?

LA PADILLA Esos tormentos

Te guarda el cielo a ti. ¡Calla! ¿No sabes
Que yo, si irritas mi furor, te puedo
Hacer arrepentir? ¿No me conoces?
¿Sabes tú quién yo soy?

LA MAGA En ti yo veo

La manceba del rey. ¡Desventurada!
Tu furia es impotente; mi recreo
Es verte así sufrir, verte así humilde
Ajar tu orgullo y tu esplendor soberbio
¿Y qué puedes tú hacerme? Tu destino
Está en mi mano; en mi poder yo tengo
Tu vida, todo; y el monarca mismo,
Que humilde pone ante tus pies su cetro
Y que te anima a amenazarme, sólo,
Cuando tú fueras muerta, con lamentos
Te pudiera vengar; tú no conoces
Que, árbitra yo de poderosos genios,
Trastornar puedo a mi placer el mundo,
Hacer dejar sus tumbas a los muertos,
Mover tormentas, a mi voz calmarlas,
Hacer estremecerse los infiernos
Y mostrar sus abismos. ¡Miserable!
Yo sí que ahora aniquilarte puedo
Sólo de una mirada; si no fuera
Que seres como tú son instrumentos
Siempre de mi furor, aquí, ahora mismo,
Se abrieran a tus pies bocas de fuego
Para sumir tu orgullo.

LA PADILLA (Con temor.)

¡Ah! Yo te pido

Que me escuches no más. Ya que encubierto
No hay nada para ti, di: ¿mi destino
Será siempre feliz, o quizá adverso
Ha de tornarse pronto? ¿El rey acaso
Olvidará mi amor? ¿Veré yo el reino
Gobernado por Blanca?

(Aparece la luna por cima del monte y refleja el río.)

Y verte libre y en tu patrio suelo.

LA PADILLA Muerta primero la verás. (Siempre al paño.)

LA MAGA ¡Ah! ¡Libre...!

La habrás de libertar después de muerto.

(Suelta una carcajada.)

BLANCA ¿No has entendido hablar?

ENRIQUE No temas, Blanca:

Nadie puede escucharnos.

BLANCA ¡Ah! Yo tiemblo.

¿No has sentido una voz?

ENRIQUE No, nada temas.

(Registra a un lado y a otro y vuelve.)

Era sólo ilusión; reina el silencio.

El ruido melancólico del agua,

O el rumor en los árboles del viento,

Te ha engañado tal vez; mañana el día

Con nueva luz alumbrará sereno

Y calmará tu sobresalto, Blanca,

Nada exijo de ti; ¿nada merezco?

¡Ah! Tú jamás te acordarás de Enrique:

Tus lágrimas, tu amor, tu pensamiento,

Sólo posee el tirano que te oprime,

¿No tendrás una lágrima, un recuerdo

Al menos para mí?

BLANCA ¿Por qué mis penas

Gozas en amargar? ¡Ah! Tu tormento

Agrava, más que todo, mi desdicha.

Yo le idolatro, Enrique, a mi despecho.

Ten lástima de mí: calma tu gente

Y reprime su ardor; retarda al menos

Tu aventurada empresa; si, mañana

Tal vez el rey se doblara a los ruegos

De su esposa infeliz; tal vez entonces

Dichosa y libre me veré, sin riesgo,

Sin que peligres tú.

ENRIQUE Piensas en vano

Que han de ablandar tus lágrimas el pecho

De un monstruo de crueldad. ¿Cuándo el balido

Del corderillo mísero al hambriento

Lobo compadeció? Llegó ya el día

De alzar la frente, de blandir el hierro,

De lanzarse a la lid: mañana mismo

Es forzoso empezar.

BLANCA ¡Oh! Quiera el cielo

tu vida proteger.

LEONOR La ronda ahora

Hace mi padre del castillo, y siento

LA MAGA Sí; y el tuyo

Inocente es también, infame hermano
Del rey infame del cristiano pueblo.
¡Ah, ya caíste en el tendido lazo!
Cerca está de sonar tu última hora;
La muerte ya con silencioso amago
Te estrecha en derredor, ¡Genios terribles!
¡Espíritus del tártaro, alegraos!
Vuestra víctima es esta: aquí ella misma
Codiciosa su fin viene buscando.
¡Ángeles de la muerte, y tú, hijo mío,
Ministros de mi furia, aquí mostraos!

ENRIQUE Tus gritos no me espantan, ¡miserable!

Llama en tu auxilio los agentes vanos
De tu necio furor, llámalos, grita;
No salvarán tu vida tus encantos.

(Se arroja a ella, y LA MAGA de un salto, deshaciéndose de él, se pone a la boca de la caverna.)

LA MAGA Impotente es tu cólera, ¡Demonios!

¿No piden sangre vuestros secos labios?
Aquí está vuestra víctima. Hijo mío,
¿No tiembla tu cuchillo entre tus manos?
¡Qué! ¿No te dice el corazón que hay sangre?
¡Ministros de mi furia! ¡Aquí mostraos!

ESCENA VII

Dichos y ABENFARAX, con serenidad estúpida. ENRIQUE retrocede, como asombrado

ABENFARAX (Sobre las breñas.)

¿Hay, madre, ya que asesinar a alguno?

LA MAGA Regocíjate, sí.

ABENFARAX Su mismo hermano,

¿No le había de matar?

ENRIQUE Hombre o demonio.

Sólo un ser como tú puede ser parto
De esta furia infernal. Baja, que el cielo
Redobla ya el esfuerzo de mi brazo,
Que se alza a castigarte.

ABENFARAX (Mofándose brutalmente y bajando muy despacio.)

Ya hace tiempo

Que te persigo yo. ¿Te causo espanto?
Nada ternas de mí; yo intento sólo
Retorcer mi puñal, cuando a enclavarlo
Llegue en tu corazón.

ENRIQUE ¡Vil asesino!

Vosotros, si matáis, matáis temblando,
No frente a frente. Un solo caballero
Mil como tú desprecia; tú, malvado,
Vas a morir; yo libraré a la tierra

De tu madre y de ti, monstruo inhumano.
(Se va hacia él y LA PADILLA se interpone.)

LA PADILLA (A LA MAGA.)

Detén tu hijo.

LA MAGA (A LA PADILLA.)

¡Y qué! ¿No es tu enemigo?

LA PADILLA Es mi enemigo, sí; pero es hermano

También del rey, y su valor merece

Otra espada más digna, otro contrario.

Detén, Maga, tu hijo.

ABENFARAX

Yo ya es fuerza

Que beba sangre. Para ti he aguzado

Esta noche el puñal.

ENRIQUE

¡Muere, asesino!

(Arrojándose a él y luchando los dos.)

EL REY y GARCÍA, embozados, salen por el lado del castillo.

EL REY (Aparte a GARCÍA.)

Las voces son en la caverna; en alto

Una espada relumbra; apresuremos

Nuestros pasos allí: pronto, corramos.

LA MAGA (Animando a su hijo.)

¡Lánzate a él, devórale, hijo mío!

LA PADILLA (Aparte.)

Dos hombres llegan con veloces pasos.

¡Triste de mí si me conocen! ¡Cielos!

¡Verme reunida a seres tan malvados...!

(Ocúltase entre los árboles.)

GARCÍA (Al REY.)

Son Enrique y Farax.

EL REY (En voz alta a los que pelean.)

¡Tened, cobardes!

(Suspenden el combate y miran al REY.)

ENRIQUE ¿Y quién cobarde me apellida? ¿Acaso

Otro asesino vil? ¡Eh! Caballeros,

Quien quiera que seáis, podéis marcharos.

EL REY O acometerte y arrancarte el alma.

Y darte así de tu traición el pago.

ENRIQUE ¡Traición! ¡Traición! Y bien, acometedme

juntos todos, venid: solo os aguardo.

ABENFARAX Sobre ti nos verás.

EL REY (Deteniéndole bruscamente.)

¡Tente, asesino!

Yo juro a Dios que el que adelante un paso

Cae tendido a mis pies.

LA MAGA

Ven, hijo mío;

Ellos se matarán.

EL REY (Siempre sin descubrirse.)

(Vase por donde se fue ENRIQUE.)

EL REY Cobarde ahora se mostró a mis ojos;

Yo le desprecio ya; lleno de espanto

Temblará siempre al recordar mi nombre

Y nunca más parecerá en el campo

A arrostrar mi furor. Darle la vida

Es aun mayor castigo que matarlo.

(Va a retirarse, y LA MAGA se presenta delante de él como inspirada de repente.)

LA MAGA El denso velo que el destino cubre

Miro rasgarse ya. Rey de cristianos,

Oye mi voz, y a mi tremendo acento

Ronco responda el tártaro tonando.

Próximo está tu fin; ya tu enemigo

Con alta pompa y esplendente fausto

Va muy pronto a brillar; óyeme y tiembla:

¡La vida, sí, te arrancará tu hermano!

(EL REY titubea un momento como sorprendido; la mira después con desprecio, y hace ademán de irse, y cae el telón.)

Acto cuarto

Un salón con dos tronos, varios caballeros armados.

ESCENA I

PRIMER CABALLERO Mano y guante te doy.

SEGUNDO CABALLERO

Yo lo recibo

Y a fe de noble por mi honor te ofrezco

Salvar a Blanca o perecer.

HERNANDO

¿Y Castro?

SEGUNDO CABALLERO Aguarda sólo la señal.

HERNANDO

Silencio.

Aquí se acerca el suspicaz García.

La cólera ocultad; sus pasos siento.

ESCENA II

Dichos y GARCÍA

GARCÍA ¿De guerra armados, y en la corte ahora?

¡Brillante es el arnés! ¡Cuánto es más bello

Vestido un noble de lucientes armas

Que no de sedas y perfumes lleno!

¿Y qué intento traéis?

PRIMER CABALLERO

Contra Granada

El rey se apresta a desnudar su acero,

Y contra el moro; cual vasallos fieles,

Venimos a ofrecerle nuestro esfuerzo.

GARCÍA Y el rey lo aceptará; firme está el trono
Que se apoya en tan sólidos cimientos.
Vuestra noble lealtad, vuestra bravura
Harán el cetro de Castilla eterno.

SEGUNDO CABALLERO (Mirando fijamente a GARCÍA.)

Más brilla el noble en la sangrienta lucha,
Defendiendo su patria y sus derechos,
Que el cortesano vil que torpe emplea
En intrigar y en adular su tiempo.

GARCÍA (Como enajenado de gozo.)

¡Cuál me palpita el corazón brioso
Al contemplar vuestro valor!

SEGUNDO CABALLERO (Aparte.)

El miedo

Es quien le hace latir.

HERNANDO

El rey se acerca.

(Aparte a los otros caballeros.)

Vamos lejos de aquí.

PRIMER CABALLERO (Irónicamente a GARCÍA.)

Pronto volvemos.

GARCÍA Id, oh, nobles, con Dios.

SEGUNDO CABALLERO (Con el mismo tono irónico.)

Adiós, García.

(Vanse.)

GARCÍA, solo Pronto, bien pronto nos veremos, necios.

El volcán va a tronar; yo haré que estalle

Y allá os sepulte en su profundo seno.

ESCENA III

LA PADILLA, EL REY, GARCÍA y acompañamiento

LA PADILLA (Muy agitada, aparte, a su hermano.)

¿Y viene hermosa, di?

GARCÍA

Sí, pero pronto

Allá en la tumba dejará de serlo.

LA PADILLA ¿Y los que intentan libertarla?

GARCÍA

Apenas

Alcen la voz serán presos o muertos.

(EL REY sube al trono y hace subir a LA PADILLA en el otro.)

EL REY He aquí, Padilla, el esplendente trono

Donde a la par de mí te doy asiento.

Hoy a tus pies tributará homenaje

Rendido todo el castellano imperio;

Y hoy prosternada mirará tu brillo

La que perdió por crímenes el cetro,

Y aún trama en su prisión. ¡Perezca Blanca!

¡Guardias! Hacedla entrar.

ESCENA IV

Dichos y BLANCA, trémula y temerosa.-LA PADILLA, muy agitada.-Un momento de silencio

EL REY Todos atentos

A escucharos están, hablad, si el crimen,
¡Oh Blanca de Borbón!, no os turba el pecho.

(BLANCA alza la vista, la fija en el trono en que está LA PADILLA y vuelve a bajarla.)

BLANCA ¿Qué he de decirte yo?

EL REY ¡Basta de llanto!

Si con fingidas lágrimas tu intento
Es ablandar mi corazón, te engañas.
Yo sé que, a tu placer, cambias de aspecto
Sé que sabes mentir.

BLANCA Y yo te adoro...

Y yo del pecho disipar no puedo
Tan funesta pasión.

EL REY Blanca, es inútil

Que me finjas amor; yo lo desdeño.

BLANCA ¿Fingirte amor? ¿Por qué? ¿Por qué fingirlo

Cuando por ti y a mi pesar lo siento?
¿Por qué hablarte de amor, cuando a tu lado
Brillante en gloria a mi enemiga veo?
¿Qué he de decirte yo? Yo, aquí traída

Como cautiva mísera entre hierros,
Para adornar con mi humildad su triunfo
Y escarnio ser de su esplendor soberbio.

EL REY A ti mi justa indignación castiga;

Mi amor a tu rival concede el cetro.

BLANCA Tú eres rey de la tierra; tú, orgulloso,

Das a tu voluntad castigo y premio.

Y tú, Padilla, a tu placer te entregas

Al verme ahora ante tus pies gimiendo:

Mas hay un Dios, que a los monarcas juzga;

Omnipotente rey, señor del trueno,

Preside en su alto asiento a la justicia,

Y venga siempre al inocente opreso.

El me protegerá; mas no, Dios mío.

Si vibras, ¡ay!, tu rayo justiciero,

¡Víbralo contra mí! Perezca el justo,

Si así se salva el delincuente reo.

EL REY ¡Hipócrita infernal! ¿Y tú inocente

Osas llamarte, ante el monarca mesmo,

Cuyo poder arrebatarse pretendes?

¿Tú, que presumes elevar al reino

Tu amante Enrique, y en viciosa liga

La alta cerviz del castellano pueblo

Doblar so el yugo del francés indigno...?

¡Huye de aquí, mujer, yo te detesto!

BLANCA ¡Triste de mí, que en mi ilusión creía
Que al fin triunfaran de tu altivo pecho
La inocencia y verdad! ¡Ah! La esperanza
Era el único bien que en tanto duelo
Yo conservaba aún; era la rosa
Que derramaba aroma en el desierto
¡Voló cual humo la esperanza mía!
Tú, que me robas mi postrer consuelo,
No me maltrates más, dame la muerte:
Yo no veré mi desventura al menos,
Y ella será feliz; dame la muerte!

(Mirando a LA PADILLA.)

EL REY En vano son, ¡oh, Blanca!, tus lamentos.
Si aquí viniste a demandar justicia,
Enjuga el llanto y abandona el miedo;
Habla y no tardes más.

BLANCA ¡Ah! Yo venía
A implorar tu bondad, testigo el cielo
De que siempre te amé; mas, ¡ah!, ¿qué digo?
¡Miserable de mí! Brillante veo
La cólera en tus ojos; no, la muerte,
La muerte sola a demandarte vengo.
Si te irritan mis lágrimas, no tardes;
Ellas brotan de aquí: hiéreme el pecho.

EL REY (Con ironía.)

Tal vez a Enrique ablandará tu llanto,
Y acaso por tu amor perderá el miedo.

BLANCA Al mundo todo enternecer pudiera
viéndome así infeliz sin merecerlo.
¿Qué te hice yo nunca? Por ventura,
¿No es mi crimen amarte?

EL REY El fingimiento

Pudo nunca ser más, Blanca, tu amante
No alcanza tu valor. Con torpe miedo,
Te ha abandonado ya. Basta, y no finjas;
Tu astucia en vano ayudará su esfuerzo:
Ya Enrique te olvidó.

BLANCA Tú te deleitas
En verme padecer, ¡verdugo fiero!
Si está tu gozo en amargar mi muerte,
Ceba en mí tu furor, rásgame el pecho
Y muéstrate cruel; mas nunca dudes
De que siempre te amé. ¡Ah!, no hay tormento,
No hay injuria mayor; toda mi alma,
Todo mi corazón arde a despecho
De mi propia razón. ¡Ah!, yo te adoro,
La muerte sólo a demandarte vengo.

LA PADILLA Es insufrible ya.

BLANCA Mujer, ¡oh!, nunca

A verte llegues como yo me veo,
Sin encontrar piedad; nunca mi nombre
Te traiga un día tan fatal recuerdo.

LA PADILLA ¿Y osas tú maldecirme?

BLANCA ¿Maldecirte?

Muéstrame cómo, y te maldigo luego.
Yo lo oso todo, sí; yo ansío la muerte,
La busco y llamo, por la muerte anhelo:
Ella es mi único bien, ella es el árbol
A cuya sombra reposarme quiero.
Débil mujer cual soy, ¡ah!, me alimenta
La desesperación; ya nada temo,
Yo no sé maldecir, mas si me enseñas,
También maldeciré. (Al REY.) Mas tú que el fuego
Arder hiciste que me abrasa el alma,
(Se va acercando al trono en actitud suplicante.)

Apiádate de mí. Yo te deseo
Siempre felicidad. ¡Ah!, sí, perdona,
Perdóname, ¡infeliz!, sí, yo detesto,
Si ofendo a esta mujer. ¡Ah, tú la adoras!
Benigno quiera perdonarla el cielo,
Cual la perdono yo. (Se abraza a sus rodillas.)

Dame la muerte

Y a Dios por ti le rogaré muriendo.

EL REY Déjame ya, mujer. ¡Guardias! ¡Llevala!

BLANCA No me arrojes de ti. Aquí primero

Yo moriré que separarme; hiere...
Sé piadoso una vez...

(El rey echa mano al puñal; ella le mira con alegría y dice.)

Hiéreme luego.

(El rey deja caer el puñal de la mano.)

EL REY ¡Arrancadla de aquí guardias!

(Los guardias la separan, y cae desmayada.)

BLANCA ¡Dios mío!

(La levantan del suelo y GARCÍA sale con ellos, dándoles prisa por señas.)

ESCENA V

Dichos, menos BLANCA y GARCÍA

EL REY (Muy disgustado.)

No sé qué pena a mi despecho siento.
Si ella fuera inocente... ¡Ella inocente!
jamás sentí tan agitado el pecho...
Es imposible, no.

LA PADILLA ¿Te compadecen

Su llanto y su beldad? ¿Serás tan ciego
Que acaso dudes que su llanto es falso?

EL REY Es falso, sí, Padilla... (Levantándose.)

Mas ¿qué estruendo

De voces altas y crujir de espadas

Y sediciosos gritos aquí siento?

(Dentro, ruido de voces y de cuchilladas.)

UNA VOZ (Dentro.)

¡Al arma! ¡Una traición!

OTRAS VOCES

¡Muera el tirano!

EL REY (Saltando del trono.)

Es Enrique tal vez. ¡Al arma! ¡A ellos!

(El ruido de armas se acerca.)

DENTRO ¡Muera el tirano y que la reina viva!

EL REY Dadme mis armas y mi espada presto.

¡Dadme luego mis armas!

(Un escudero le trae el casco y la espada; el rey arroja el manto, se cala el yelmo y desnuda la espada, tirando la vaina, para no tardar en ceñírsela.)

¡A encontrarlos!

(Va a salir y entra CASTRO, herido, luchando con los guardias.)

CASTRO Tirano, ¿dónde estás?

UN GUARDIA ¡

Rinde tu acero!

CASTRO Cuando atraviere el corazón del tigre,

Allí lo rendiré. Sal ya, perverso:

¡Castro, Castro te llama!

EL REY (Presentándose delante de él.)

¡Tú, villano!

CASTRO (Se arroja a matarle con tal precipitación que falla el golpe.)

¡Muere, monstruo feroz!

EL REY (Clavándole una estocada.)

Vano es tu intento.

(Tírale otro golpe.)

¡Muere tú, miserable! Así perezcan

Mis enemigos todos a mi acero

Y hollados como tú.

(Cae CASTRO y EL REY le pone el pie encima.)

CASTRO (Moribundo.)

¡Venganza, amigos!

La fortuna es del déspota... yo muero.

(Muere.)

EL REY Ve a acompañar tus viles partidarios.

Ahí tenéis vuestro jefe: yo os lo vuelvo.

(Cogiendo el cuerpo y asomándose a una ventana. Se oyen muertas y voces en la calle.)

ESCENA VI

Dichos y GARCÍA, que entra precipitadamente.

EL REY Salgamos a encontrarlos.

GARCÍA

Fugitivo

Corre a salvarse, amedrentado el pueblo

Que a Hernán Castro siguió; los otros nobles

Puede esperar a su dolor remedio.

LEONOR Alguien se acerca; sosegaos.

BLANCA ¡Huyamos!

Los tigres a gozar vienen hambrientos

En su presa infeliz. ¡Leonor, huyamos!

Tintas sus manos en la sangre veo

De sus hermanos mismos.

(Huye precipitadamente, llevándose a LEONOR por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII

GARCÍA, EL ALCAIDE

GARCÍA Sí, Don Tello;

Hoy intentaba libertarla Enrique;

Hoy el bando rebelde, osado y fiero,

Violó el palacio del monarca agosto,

Y alguno hubo que hasta el trono mesmo

Osándose lanzar, midió su espada

Con la espada del rey, y cuerpo a cuerpo.

DON TELLO ¿Con la espada del rey? Decid, García,

Y ¿cómo aún el merecido premio

No han recibido ya crímenes tantos?

GARCÍA El rey los perdonó; la paz del reino

Sólo exige una víctima; los otros

Son de sus artes instrumentos ciegos.

Blanca...

DON TELLO ¿La reina?

GARCÍA Sí, Blanca es culpable.

Obedeced del rey el mandamiento.

DON TELLO ¿La condena a morir?

GARCÍA Y ejecutada

Ha de ser aquí mismo y en secreto.

El rey lo manda.

DON TELLO Obedecer es fuerza.

GARCÍA Esta noche a las doce, con silencio

En un sitio apartado en el castillo,

Debe morir, por que lo ignore el pueblo.

Abenfarax, el hijo de la Maga,

Vendrá a cumplir el mandamiento regio.

DON TELLO ¿A las doce, decís?

GARCÍA Sí; a media noche:

Disponedla a morir. Adiós, Don Tello.

(Vase.)

ESCENA IX

DON TELLO, solo Es mandado del rey; fuerza es que muera:

Yo cumplo mi deber cuando obedezco.

Acto quinto

La misma decoración del tercer acto. Una tempestad. Es de noche.

ESCENA I

LA MAGA, con una antorcha en la mano canta estos versos. Su hijo, sentado sobre una roca.

LA MAGA ¡Oh! Salve, oscuro genio

Del hórrido huracán.
Ceñudo tú te sientas
Allá en la tempestad.
Tu augusto trono velan
La noche y el horror.
Tu voz en silbo y trueno
Retumba en derredor.
Las ígneas alas tiendes
Por cima al aquilón,
Y en torno al aire tiñe
Relámpago feroz.
Salud, salud mil veces,
Espíritu infernal;
Desciende a mí en las alas
Del hórrido huracán.

Hoy festeja el averno; hoy, hijo mío,
La luz del rayo su festín alumbra,

Y en la noche los lívidos espectros
Al trueno aterrador sus gritos juntan.
¡Noche de muerte! ¡Regocija el pecho,
¡Hijo de Satanás! Sí, ya vislumbra
A la luz del relámpago tu daga,
teñida en sangre la aguzada punta
¡Noche de muerte es! Vuela, hijo mío;
Con sangre ya mi paladar endulza.

ABENFARAX Dame, ¡oh madre!, el puñal. ¿Llegó la hora?

LA MAGA Pronto ya va a sonar. La noche oscura
Sirve a encubrir tus silenciosos pasos.
El genio del averno te conduzca,
Yo te doy mi puñal: marcha al castillo.

ABENFARAX Yo juro allí satisfacer tu furia.

(Vase de modo que se ve abrir la puerta del castillo, y entra en él.)

LA MAGA (Vuelve a cantar.)

En medio a la tormenta
Su hora sonará.
La muerte acechadora
Su presa aguarda ya.

EL ERMITAÑO y BLANCA; aquél mira por todos lados, como temeroso de que le oigan.
BLANCA, de rodillas delante del crucifijo.

BLANCA ¡Omnipotente Dios! Piadoso escucha
Mi humilde voz en mi postrero día,
Y el cáliz del dolor benigno endulza.
Dame resignación, fuerza bastante
Para apurar la copa de amargura,
Perdonar, como tú, a mi enemigo,
Y despreciar la vanidad inmundada,
Que me atormenta el corazón.
(Al ermitaño.)

¡Oh!, padre,
En nombre del Señor, oye mis culpas;
La eternidad...
EL ERMITAÑO La libertad, la vida.

Aun puedo darte yo, Blanca. ¿Lo dudas?
Mírame, Enrique soy; vengo a salvarte.
(Se quita la capucha que le cubría el rostro, y debajo del hábito se descubren las armas.)

BLANCA ¡Cielos, Enrique!
ENRIQUE Enrique te asegura,
Si obedeces su voz, salvarte ahora
Del borde mismo de la abierta tumba.
El santo traje que mis armas cubre
Para entrar hasta aquí sirvió a mi astucia.
Yo aquí me quedaré; vístelo, Blanca,
Y este disfraz protegerá tu fuga.

BLANCA ¿Y tú quedarte aquí? Jamás, Enrique:
Yo vivo ya sin esperanza alguna
Y la muerte es un bien. ¿Yo aquí dejarte
A morir en mi vez...? ¡Ah!, tú me injurias.

ENRIQUE Mi vida aquí defenderá mi espada.
No te cuides de mí; ya a darte ayuda
Cien caballeros en el campo aguardan,
Que allá en tu patria te pondrán segura.
Decídetes una vez; allí te esperan
Tus amigos, tu patria y la fortuna.

BLANCA Déjame, tentador; yo amo la vida,
Y la amo a mi pesar; mas si mi fuga
sólo puede lograrse con tu muerte,
Morir prefiero, a la mayor ventura,
Déjame ahora perecer tranquila,
O un medio noble de salvarme busca.

ENRIQUE Blanca, no hay otro.

BLANCA Sí; queda la muerte

ENRIQUE ¡Mujer angelical! ¡Alma más pura
Que la lumbre del sol! ¡Oh!, yo te juro
Morir lidiando en obstinada lucha

O arrancarte de aquí. Voy ahora mismo
El castillo a asaltar. En paz segura
Todos duermen; los pocos que vigilan
Es fácil sorprender: la suerte injusta
No salvará mi vida en la batalla,
O si la salva, salvaré la tuya.

(Vase.)

ESCENA V

BLANCA, sola ¡Qué incertidumbre!, ¡oh, Dios! Cada momento
La muerte y libertad me ofrecen juntas.
Hágase, ¡oh Dios!, tu voluntad.
(Da el reloj las doce.)

Las doce.

Alguien siento venir. Pasos se escuchan...

¡Perdóname, gran Dios!

(Se arrodilla delante del crucifijo. En este momento se abre la puerta y entra
ABENFARAX, de modo que antes de entrar se haya visto su sombra.)

ESCENA VI

BLANCA, ABENFARAX

BLANCA (Se levanta precipitadamente, como amedrentada.)

¡Cielos! ¡Qué veo!

¡Espíritu infernal! ¡Ah, de su furia

líbrame tú, Señor!

ABENFARAX (Lanza una mirada estúpida, mirándola con ojos de complacencia.)

En vano llamas

Tu Dios en tu favor: mi voz le insulta.

Y maldice su nombre y le blasfema.

¿Ves esta daga?

BLANCA ¡Oh Dios!

ABENFARAX (Con sangre fría.)

Tu fin te anuncia.

BLANCA (Precipitadamente.)

¡Piedad! ¡Piedad! ¡Qué horror! ¡Ah! Compadece...

Un momento, no más... si acaso oculta

Tu pecho un corazón... ¡Ah!, si en tu infancia

Una mujer te amamantó...

ABENFARAX Una bruja

Y un hijo de Luzbel fueron mis padres.

(Se oye ruido de espadas y voces de combatientes, que va progresivamente acercándose.

ABENFARAX continua, sin interrupción.)

Mi destino es matar. Ven y concluya

Tu vida de una vez.

(BLANCA, retirándose siempre al fondo del teatro, se abraza con el crucifijo.-

ABENFARAX la persigue.-Más cerca, los gritos y las espadas.-Dentro, la voz de
ENRIQUE.)

¡Nuestro es el triunfo!

BLANCA ¡Por piedad! ¡Por piedad!

